

¡CON CRISTO QUÉ GUSTO TENER SED!

DOMINGO 3º DE CUARESMA

7 de Marzo de 2.010

En aquel tiempo, llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía.

Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: Dame de beber.

Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida.

La samaritana le dice: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?

Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.

Jesús le contestó: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.

La mujer le dice: Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?

Jesús le contestó: El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. Juan 4, 5-15...

Quien goza del placer del agua fresca tras una sed rabiosa, el que percibe el olor de un campo regado, o ve acariciadas sus carnes en un baño gratificante, o contempla el desierto convertido por el agua en un vergel oriental... conoce y valora, degusta y agradece los polivalentes servicios otorgados por el agua.

Quien sufre sequías persistentes o inundaciones destructoras, quien ha estado a punto de ahogarse, el nómada del desierto cuya pasión está en la búsqueda de un pozo o un oasis para abrevarse a sí y a su rebaño; el agricultor pendiente de las nubes, las ciudades modernas que se ven sometidas a drásticas medidas de reducción... conocen y reconocen los valores imprescindibles del agua, y temen con horror tanto los excesos como las carencias de este elemento natural.

Esto explica que en las culturas nómadas y agrícolas el agua haya sido sacralizada y convertida en símbolo religioso: en el agua está la vida y la muerte. Símbolo que,

por lo demás, persiste en nuestros tiempos entre los creyentes también de las sociedades seculares.

En cambio el hombre moderno, tan necesitado del agua como el antiguo, ha aprendido a domesticar el agua cada vez mejor y a desacralizarla, utilizando a su antojo sus valores, canalizándola para sus usos y protegiéndose de sus posibles zarpazos. Este hombre moderno ya no ve en el agua un elemento religioso, no lo considera como un don del cielo, ni ve en el agua un vehículo de salvación.

Y, sin embargo, es a ese hombre moderno, tan tosco y remo para “entender” y valorar los simbolismos, a quien hoy presentamos a Cristo como Agua Viva, celebrado y vivido, dado y servido, en los ritos bautismales. A Cristo, en su dimensión polivalente. A Cristo, que sacia la más radical sed de plenitud que es el hombre. A Cristo, que nos salva de las aguas que ahogan (idolatría, autosuficiencia, insolidaridad, orfandad divina...). A Cristo, que lava nuestras corruptoras corrupciones. A Cristo, que riega nuestras más estériles sequías y omisiones. A Cristo, que desborda y empapa nuestras mayores apetencias de autotrascendernos. A Cristo, que hace que nuestra tierra y sociedad se pueblen ferazmente de árboles acogedores y de frutos sabrosos. A Cristo, que alumbra en los hombres que lo acogen la inagotable fuente de su Espíritu con que estar eternamente regados y florecidos...

Por todo ello, en épocas de sequía religiosa y de crecimiento contenido, los bautizados en Cristo necesitamos como nunca revalorizar nuestra Agua Viva, reforzando nuestro compromiso bautismal, denunciando las aguas corruptas que nos contaminan, saciándonos de las formas de amar de Jesús, alumbrando a nuestro alrededor surtidores de vida nueva. Sin desprecio, por supuesto, para quienes abocan su sed de hombre en supuestas aguas vivificantes, pero con el testimonio valiente y fraterno de la Samaritana que, saciada por Cristo, quiere inundar de esa Agua Viva a todos sus paisanos que abrevaban su sed en el pozo de Jacob.

Juan Sánchez Trujillo